

DISCURSO DEL REPRESENTANTE DE LA U. N. A. M.

Señor Presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa,
Señoras y señores:

En nombre de la Universidad Nacional de México y de su Rector el doctor Nabor Carrillo, que actualmente se encuentra fuera de México en el cumplimiento de una misión oficial, tengo la honra y el agrado de dar la más cordial bienvenida a la Ciudad Universitaria, a los miembros y delegados de la Sociedad Interamericana de Prensa, que en estos momentos celebra en la ciudad de México su Novena Asamblea anual.

Ofrece nuestro país un ambiente de franca libertad y de libre expresión al que se han acogido, en estos tiempos de trastornos sociales y políticos, los ciudadanos de otros países que sufrían, en su propia patria un clima de opresión que ponía en peligro, no sólo sus actividades políticas y su libertad de pensar, sino su vida misma. Considero inútil decir que siempre los hemos recibido con los brazos abiertos. El perseguido en su país por querer defender la independencia de su patria, o los principios democráticos de su gobierno, o las normas de recta y humana justicia social de sus leyes, tiene y tendrá siempre en México un refugio en el que su actitud se considerará —no como un crimen— sino como una hazaña generosa y noble. Pero también aquellos que, sin ser víctimas de una persecución concreta, buscan un lugar en donde los pulmones de un hombre libre respiren un aire más puro y abundante, vienen a México y frecuentemente se quedan a vivir con nosotros. Este ambiente de libertad —que se ha afirmado en México desde el triunfo de la Revolución— ofrecía el medio más propicio y adecuado para que la Sociedad Interamericana de Prensa celebrara aquí su asamblea. Aquí estáis, señoras y señores, en un ambiente de libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, de libertad de opinión y de expresión, en un ambiente en el que las informaciones y las opiniones pueden ser difundidas sin ninguna limitación.

Pero la historia de México y su antigua tradición cultural ofrecían asimismo un marco dentro del cual cabían y podían tener mayor lucimiento y relieve los trabajos de vuestra asamblea. Porque México es, del Continente americano, el país en donde se establecen las primeras escuelas, la primera imprenta y los primeros periódicos.

Casi inmediatamente después de la derrota de los aztecas por los cañones y la caballería del ejército español, principió un movimiento educativo emprendido principalmente por los misioneros de las diversas órdenes religiosas. En 1523, fray Pedro de Gante fundó en Texcoco la primera escuela elemental del Nuevo Mundo. En 1525 se abrió la escuela de San Francisco que, además de una sección de primeras letras, tenía otra de artes y oficios. En 1526 fray Juan de Zumárraga fundó en Tlaltelolco el colegio de Santa Cruz, que era ya un instituto de enseñanza superior. Y finalmente —como remate y coronamiento de todas estas escuelas de diversos grados— se funda la Universidad de México en 1551, es decir, hace poco más de cuatro siglos.

La imprenta se estableció en México en 1539. El primer libro impreso en la América salió de las prensas que estaban instaladas en un local que se encontraba en una esquina de la Plaza de Armas, frente al Sagrario de la Catedral Metropolitana y a un costado del Palacio Nacional. Una placa conmemora-

DR. ANTONIO CASTRO LEAL

ANTE EL CONGRESO INTERAMERICANO DE PERIODISTAS

tiva señala todavía ese lugar como la cuna de la imprenta en el Nuevo Mundo. En los primeros años la imprenta se dedicó a imprimir doctrinas cristianas en español y en diversas lenguas indígenas, y poco después los primeros libros de texto de la Universidad. En 1554 aparecen simultáneamente tres obras: una *Lógica*, de fray Alonso de la Veracruz, profesor de filosofía en la Universidad, un *Comentario de Aristóteles* y unos *Diálogos de Francisco Cervantes de Salazar* para la enseñanza del latín. En 1570 se imprimió la *Opera medicinalis* del doctor Francisco Bravo, que es el primer libro de medicina impreso en América.

Después de las gacetas manuscritas que aparecieron en Venecia en el siglo XVI el periodismo nace francamente en Francia e Inglaterra con la *Gazette de France* (1631) y *The news of the present week* (1639). En México las primeras publicaciones periódicas aparecen a principios del siglo XVIII. Hay que considerar como el primer periodista de México y también del Continente americano a don Juan Ignacio Castorena y Ursúa (1668-1733) que sacó *La Gaceta de México* a partir del 1º de enero de 1722. Nació en la ciudad de Zacatecas, fué Doctor en Derecho de la Universidad de México y ocupó el cargo de Obispo de Yucatán. Este esfuerzo no fué el único. Poco después Juan Francisco Sahagún de Arévalo publicó, durante doce años consecutivos, a partir de 1728, una gaceta mensual.

Ya se sabe que estos periódicos del siglo XVIII dedicaban casi todo su espacio a artículos históricos y literarios, y que —en cuanto a noticias— sólo daban un resumen de los acontecimientos más notables: llegada de virreyes y arzobispos, elección de alcaldes y regidores, nombramientos de funcionarios reales, leyes que se dictaban, matrimonios de los personajes principales y alguna noticia extranjera, tomada de las gacetas europeas que llegaban en las flotas. El mundo de principios del siglo XVIII era un mundo tranquilo. Hay que esperar hasta principios del siglo XIX —cuando Napoleón Bonaparte invadió a España, cuando principió la independencia de las colonias españolas de América y cuando se reunieron las Cortes de Cádiz— para que las noticias tuvieran un verdadero interés para un público nervioso e interesado en el desarrollo de los acontecimientos del momento, y para que los que deseaban orientar la opinión pública se empeñaran en dar un comentario o interpretación de esas noticias.

Pero si el ambiente de libertad que reina en México y los recuerdos de nuestra antigua tradición cultural ofrecen un marco adecuado para los trabajos de la Sociedad Interamericana de Prensa, me es grato agregar que damos hoy al periodismo, mucho más que en otro tiempo, el lugar que le corresponde entre las actividades intelectuales. Creo que somos el primer país de la América Latina que ha incorporado el periodismo a los estudios universitarios. En 1951, siendo Rector de la Universidad Nacional de México el doctor Luis Garrido, se fundó la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, en la que se estudian las siguientes carreras: Licenciados en Ciencias So-

ciales, en Ciencias Políticas, en Ciencias Diplomáticas, Licenciado en Periodismo y Diplomado en carrera consular. Para optar la licenciatura en periodismo hay que hacer cuatro años de estudios. La Universidad sabe muy bien que el periodista —en un grado mucho mayor que otros profesionistas— se hace en la práctica, en el cumplimiento diario de su función, enfrentándose a una realidad a veces confusa y siempre cambiante, y aprendiendo de ella a investigar, a valorar y a interpretar los hechos. Así lo dijo el Rector en la inauguración de los cursos de dicho plantel cuando afirmaba: "No creemos que la escuela pueda suplir las lecciones de la vida práctica del reportero, del cronista o del escritor editorial, pero si pensamos que con una buena preparación científica y artística, el periodista podrá servir mejor la causa del débil, la defensa de los altos valores humanos y la educación del pueblo."

La atmósfera que respira en nuestra Universidad el estudiante de periodismo es una atmósfera de libertad. Este principio fundamental está consagrado en la ley que rige a nuestra Casa de Estudios y figura en un lugar destacado, inmediatamente después del artículo 1º, que establece la naturaleza jurídica de la organización. El artículo 2º del estatuto fundamental de la Universidad Nacional de México dice: "Para realizar sus fines, la Universidad se inspirará en los principios de libre investigación y libertad de cátedra y acogerá en su seno, con propósitos exclusivos de docencia e investigación, todas las corrientes del pensamiento y todas las tendencias de carácter científico y social."

Y no podría ser de otro modo, porque la cultura y el saber no pueden desarrollarse en un clima de opresión, cuando la ignorancia o los prejuicios de las autoridades cierran caminos al investigador o amordazan al profesor, ni cuando la fuerza sustrae a la libre acción de la inteligencia amplios campos de la realidad, formas y escuelas del pensamiento, ocasiones públicas de reflexión y tribunas de difusión y comentario. Por eso la Universidad Nacional de México comprende muy bien, simpatiza y anhela el empeño tenaz que ha puesto la Sociedad Interamericana de Prensa en la defensa de la libertad de expresión. La prensa, el periódico es un instrumento de cultura y no puede cumplir eficazmente su función sino cuando no hay zonas prohibidas de la información que debe al público, ni cortapisas para los comentarios y las reflexiones que desee hacer sobre las noticias que publique.

Este sería el momento de recordar que el ejercicio del periodismo descansa en uno de los más importantes y generales derechos del hombre. El 10 de diciembre de 1948 —hace cinco años— la Asamblea General de las Naciones Unidas, en la que estaba representada casi la totalidad de los países del mundo, aprobó la "Declaración universal de los derechos del hombre", documento fundamental que revela el nivel de respeto que ha alcanzado el hombre en nuestro tiempo. La base amplia, sólida, indestructible en que descansa la actividad del periodista es el derecho que consagra el Artículo 19: "Todo indivi-

duo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión."

Desgraciadamente este derecho a la libertad de opinión y de expresión no está todavía consagrado en todas partes del mundo. A nosotros hispanoamericanos nos entristece y nos duele que no esté todavía consagrado definitivamente en la América Española. El lema de la Universidad Nacional de México dice: "Por mi raza hablará el espíritu." El conjunto de pueblos iberoamericanos forma una de las federaciones raciales y culturales más importantes de nuestro tiempo y está llamada a tener un papel preponderante en los negocios futuros del mundo. Sus extensos y ricos territorios y, sobre todo, sus pueblos jóvenes e inteligentes le aseguran grandes destinos. Confiamos en que alguna vez, en los pueblos iberoamericanos encontrarán expresión los ideales más altos y más nobles. Pero ¿cómo va a hablar el espíritu si en algunos países de América se encuentra amordazada la palabra? ¿Cómo va a tener voz para decir sus mejores anhelos si está condenada por las autoridades la libertad de expresión?

Bien conocida es la frase de que el hilo se revienta por lo más delgado, y en esta federación de pueblos iberoamericanos sucede lo mismo: el ritmo de nuestra marcha lo retarda el paso del más lento, la resistencia mayor se quebranta siempre por el eslabón más débil, y como no podremos salvarnos si no nos salvamos juntos, la solidaridad impuesta por nuestro destino común nos obliga —tanto por nosotros mismos como por el bien de la raza a que pertenecemos— a resolver nuestros propios problemas, a plantar en nuestros territorios la bandera de la libertad para que cuando unas se toquen con las otras, corra por todo el Continente americano, desde el Río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes, un viento de libertad y de redención. Y cuando en todos los países hermanos reine la libertad, entonces si estaremos a punto de que "por nuestra raza hable el espíritu".

Pero no olvidemos que todo derecho entraña una obligación. La libertad de expresión entraña la obligación de decir siempre la palabra que informe e ilustre, que aliente y redima. Y el periodista, que posee todavía el órgano de publicidad de mayor difusión, que más fácil y rápidamente informa e impresiona, tiene una grave, una enorme responsabilidad. El derecho de la libertad de prensa no debe de tener otra limitación que la que establezca la sana conciencia del beneficiario de ese derecho. Ese derecho no significa que el periodista dirá lo que quiera, sino que dirá todo aquello que crea que ayuda, que mejora, que beneficia a sus semejantes. Hay que dejar que el periodista escoja su tema y sus palabras, pero en su lección del uno y de las otras, tendrá siempre en cuenta —si es buen periodista— el bien de sus lectores, el beneficio de la gran masa que lo sostiene, de la gran masa a la que sus ocupaciones y sus estrecheces no le permiten acaso otra lectura que el periódico.

En este caso, cada vez más frecuente en el seno de sociedades formadas principalmente por asalariados y trabajadores, la responsabilidad del periodista alcanza a su máximo. Muchos miles de seres en

cada país, muchos millones de seres en todo el mundo no tienen más lectura que los periódicos. La afirmación del periódico llega y echa raíces en el espíritu de este lector indefenso, que no tiene otra fuente de cultura. ¿Está satisfecho el periodista de lo que ofrece en las páginas de su periódico a esos millones de seres? ¿Está seguro de que no puede mejorar su periódico para que sirva mejor a los enormes intereses de las grandes masas sociales? ¿Está convencido de que las noticias y el chismorreo político no tienen en sus páginas una proporción exagerada y que habría que dedicar mayor espacio a la instrucción y la cultura de las masas? ¿Está seguro de que su periódico no copia a algún órgano extranjero olvidando las características psicológicas de su raza, los intereses de su pueblo y el nivel cultural de sus lectores nacionales? ¿Ha pensado alguna vez en la conveniencia de aumentar la cultura y la preparación de sus colaboradores? Todos estos son problemas muy serios, de difícil estudio, que cada periodista debe de pensar y resolver de acuerdo con el carácter y la naturaleza de su periódico, pero, sobre todo, de acuerdo con los intereses reales del público lector al que va dirigido el periódico.

Y para terminar permitidme agregar unas cuantas palabras sobre este gran conjunto de edificios, construcciones y campos de deporte que se llama la Ciudad Universitaria, a donde el año próximo se instalarán las oficinas administrativas, las diferentes escuelas, los laboratorios y las bibliotecas de la Universidad Nacional de México. En primer lugar hay que decir que el área de la Ciudad Universitaria tiene una extensión de . . . 7,300,000 metros cuadrados, de los cuales están cubiertos por construcciones poco más de 3,000,000 de metros cuadrados. El terreno se extiende sobre la zona llamada El Pedregal de San Angel, zona cubierta por una gruesa capa de lava de las erupciones de los antiguos volcanes del Valle de México, hoy ya extintos. Debajo de esa capa volcánica fueron encontrados los restos del llamado "Hombre del Pedregal", testigo de una de las culturas más viejas de la América.

La obra de la Ciudad Universitaria principió el 5 de junio de 1950, es decir, hace tres años. En ella ha intervenido el equipo más grande y mejor coordinado que haya operado en ningún país latino: más de 150 arquitectos, ingenieros y asesores; cerca de 100 compañías contratistas, y hasta 10,000 obreros en trabajo cotidiano. El Director general fué el Arquitecto Carlos Lazo, actualmente Secretario de

Comunicaciones y Obras Públicas. Hasta la fecha se han erogado . . . \$ 220,000,000 (doscientos veinte millones de pesos), y se calcula que falta por erogar una suma semejante para los equipos de laboratorios, instalaciones y mobiliario. Están totalmente terminados y en condiciones de funcionamiento el Estadio Olímpico (con capacidad para . . . 100,000 espectadores, uno de los más grandes del mundo), la zona

deportiva de prácticas, calzadas y el 80% de los edificios escolares. En el edificio llamado "Rectoría" serán alojadas las oficinas administrativas de la Universidad, y en otros edificios cada una de las siguientes escuelas: Medicina, Ingeniería, Arquitectura, Ciencias Químicas, Comercio, Odontología y Medicina Veterinaria. En un gran edificio decorado con frescos quedará instalada la Biblioteca Central.

LIBROS

JORGE LUIS BORGES

Por Enrique ANDERSON IMBERT

EN la literatura argentina de estos años el primer nombre, por su calidad, por su influencia, debe ser el de Jorge Luis Borges (1899). Había vivido en Suiza (y también en España) en los años de la guerra: regresó a Buenos Aires en 1921. Su cultura literaria era asombrosa. Más asombrosa aún su lucidez. Con los años esa cultura, esa lucidez se han enriquecido tanto, que a veces, más que asombrarnos, nos perturban como el espectáculo de una locura nueva. Comenzó con dos ritos: el responso al "rubendarismo", el bautizo al "ultraísmo". Cosas de muchacho. Cuando más maduro decidió enterrar también el ultraísmo, no quiso recurrir a ningún otro rito: simplemente lo dejó caer en un hoyo, lo cubrió con la mejor literatura de que fué capaz —y fué el más capaz de toda esta generación— y allí cultivó su huerto de extraños frutos. Cuando en 1932 habló de "el ultraísta muerto cuyo fantasma sigue habitándome" ya no supimos cuándo se le murió. Si sabemos que se arrepintió de haber elaborado "áridos poemas de la secta, de la equivocación ultraísta". "Reducción de la lírica a su elemento primordial: la metáfora" había sido su primera fórmula. Afortunadamente no la obedeció en sus poemarios Fervor de Buenos Aires (1923), Luna de enfrente (1926), Cuaderno San Martín (1929), recogidos junto con Muertes de Buenos Aires en su volumen Poesía (1943). Metáforas, sí, a montones; y cada una con "su visión inédita de algún fragmento de la vida", para decirlo con palabras del Borges ultraísta. Pero esas metáforas no fueron ni primordiales ni reductoras del lirismo de Borges. Poderoso canto ante la íntima belleza que descubría en la vida argentina, en las casas, patios y calles de Buenos Aires, en los lances de la historia, en las caminatas por el suburbio, en la pampa entrevista por la ciudad, en un almacén sonrosado o en un zaguan. Poderosa imaginación que vivía cada impresión de sus sentidos hasta prolongarla en tramas fabulosas y alegóricas. Poderosa inteligencia que va y viene sin perderse por los laberintos de la sofística. Poderosa metafísica que queda en buena postura al enfrentarse con la mística oriental y el idealismo absoluto. Poderoso don de expresión verbal que nuestra lengua no había tenido desde los barrocos del siglo XVII. Poderoso ánimo moral, caprichoso en sus acciones cuando se le mira desde fuera, sincero, arriesgado y consecuente siempre para quien atiende al sentido de su vida de escritor. Poderoso saber intelectual, hedonista, porque Borges no lee sino lo que le da placer y enriquece, sin ceder a las valoraciones consagradas por los manuales de historia literaria, pero tan riguroso y serio como el de los profesores.

La cultura de Borges, alimentada con lo que reconoce como valioso en todos los pueblos y épocas, hace más notable el criollismo de su poesía. Sin embargo, aun sus poesías de tema humildemente criollo están armadas por dentro con esquemas intelectuales de la filosofía universal. Lo dijo en El fervor de Buenos Aires: su lírica estaba "hecha de aventuras espirituales". En "El truco" (de ese poemario) está, por ejemplo, la idea, tan favorita de Borges, de que los hombres son un solo hombre. En Borges la metafísica y la lírica son una misma cosa. Su poesía ha callado en los últimos años. En cambio siguen enérgicos sus ensayos, ricos en inquisiciones —Inquisiciones. Otras inquisiciones— y, sobre todo, sus cuentos, que le aseguran el más alto lugar en la literatura contemporánea: Historia universal de la infamia (1935), Ficciones (1944), El Aleph (1949), la antología con cuentos nuevos de La muerte y la brújula (1915). Quien se lo proponga podría señalar la constelación de narradores a que pertenece Borges. Ideas, situaciones, desenlaces, arte de engañar al lector, sí, todo tiene un aire de familia: Chesterton, Kafka y diez más. Pero Borges, en esa constelación, es estrella de primera magnitud. Ha escrito por lo menos dos o tres cuentos que no tienen parangón en nuestra literatura: "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", "Funes el memorioso" . . . Nadie tomará en serio las opiniones de Borges; pero su maliciosa dialéctica fertiliza sus cuentos, a los que nadie dejará de tomar en serio. Su pasión por el juego nos poetiza problemas de crítica, de lógica, de gnoseología y metafísica. Es un escritor para escritores.

forma tradicional de conducir discursivamente el pensamiento; de allí su ataque a la lógica proposicional. "Una lógica, nos dice, en que se atiende a las respuestas y se descuidan las preguntas es una falsa lógica" porque "no hay dos respuestas que se contradigan, añade, a menos que sean respuestas a la misma pregunta". Por ello de-

fine Collingwood la verdad como un complejo de preguntas y respuestas. Y hace cuidadosamente el deslinde de las respuestas "justas" y las respuestas "verdaderas"; delimitación que se basa precisamente en la pregunta, en la pregunta que adquiere legitimidad cuando "se suscita". Una respuesta "verdadera" es, en efecto, aquella que

En una gran torre está la Facultad de Ciencias y todos los Institutos científicos: 1. Geografía; 2. Astronomía; 3. Matemáticas; 4. Física y 5. Química. En edificios separados están el Pabellón de Rayos Cósmicos y el Instituto de Física Nuclear.

En otra gran unidad, de 328 metros de largo, la más larga del Continente americano, están las Facultades de Economía, Filosofía y Letras y Leyes, además de los Institutos de Humanidades: 1. Ciencias Sociales, 2. Derecho Comparado, 3. Investigaciones Históricas, 4. Investigaciones Estéticas, y 5. Centro de Estudios Filosóficos.

La zona de deportes comprende: Estadios de práctica con graderías para 4,000 espectadores y pistas para todas las pruebas atléticas; tres campos de fútbol, dos diamantes de softbol y un diamante de béisbol, con graderías para 3,000 espectadores. Tiene además edificio de baños y vestidores para hombres y mujeres; 12 mesas de basketbol, 8 frontones para frontenis, 12 mesas de tenis, 10 frontones para juego a mano, un frontón para cesta con graderías para 3,000 espectadores, y un lago artificial para más de 1,000 nadadores, con alberca olímpica de ocho carriles y tanque olímpico de clavados.

La Ciudad Universitaria constará además de edificios para residencias de estudiantes y de una zona residencial para profesores. La capacidad total de la Ciudad Universitaria está calculada para impartir una educación superior a una población escolar de 26,000 alumnos.

Perdonadme tan fatigosa enumeración. Por ella nos hemos dado cuenta de la magnitud de la obra. Este será del centro de cultura, de enseñanza e investigación más grande de la República Mexicana. A él tendrán acceso estudiantes mexicanos y extranjeros. En el edificio de Humanidades habrá un lugar en el que constantemente se recuerden la obra y la importancia de los periódicos, así como las luchas y los ideales de la Sociedad Interamericana de Prensa; será la Escuela de Periodismo. Y si en una próxima asamblea volvéis a México ya tendréis aquí casa propia donde poder celebrar vuestras reuniones. Esperemos que para entonces ya habremos triunfado todos y que ningún país del Continente americano impondrá limitaciones a la libertad de expresión y a la difusión de las opiniones. Muchas gracias por vuestra visita y nuestros mejores deseos por el éxito de vuestros trabajos.

contesta adecuadamente a una pregunta suscitada. De todo esto podemos desprender que el pensamiento de Collingwood coincide en muchos puntos con la mayéutica, y Collingwood, incluso, habla del "Sócrates que llevamos adentro".

Me parece interesante hacer notar que, frecuentemente, el desenvolvimiento de las ideas filosóficas desemboca en el análisis de las preguntas. En una época de la historia humana, se ocupan los pensadores en afirmar, con dogmatismo, varias proposiciones con una pretendida consecución de la necesidad; después, de quedarse, en su agnosticismo, con la "verdad" de su ignorancia y, posteriormente, se ponen a transcribir al papel preguntas que ya no son ni afirmaciones ni negaciones. El *Que sais-je?* De Montaigne es un buen ejemplo de esta última posición.

La *Autobiografía* de Collingwood presenta, además, una serie de críticas y opiniones de sumo interés

R. G. COLLINGWOOD. *Autobiografía*. Fondo de Cultura Económica. México, 1953.

El Fondo de Cultura Económica acaba de publicar una obra del filósofo inglés R. G. Collingwood. Esta editorial nos había dado ya dos libros del mismo pensador: *Idea de la Naturaleza e Idea de la Historia*. Los lectores de lengua española pueden apreciar mejor, con estas tres obras traducidas, el fino pensamiento de Collingwood. Este hombre prominente en las letras filosóficas, empezó por ser realista; pero, posteriormente, como puede advertirse en su *Truth and Contradiction*, se alejó decididamente de esta tendencia filosófica por considerarla inconsecuente consigo misma. Collingwood centró su atención en la lógica; pero no vió nunca con buenos ojos la